

SELE
JUEVES Y DOMINGOS

DIRECTOR-FUNDADOR
Eloy Perillan Buxó

NÚMERO DEL JUEVES
15 CÉNTIMOS
suplemento del domingo
10 CÉNTIMOS

NÚMEROS ATRASADOS
a dobles precios

SUSCRIPCIONES

En Madrid, 1 mes, 4 reales; 3 meses, 12 reales; 6 meses, 24 reales; 1 año, 48 rs.

DIRECCION

Calle de la Amnistía, 3
bajo de la derecha.



SELE
JUEVES Y DOMINGOS

LOS DOMINGOS
SOLO
PARA LOS SUSCRITORES

NÚMERO AL CROMO
15 CÉNTIMOS

A LOS VENEDORES
10 RS. CADA MANO

NÚMEROS ATRASADOS
a dobles precios

SUSCRIPCIONES

En provincias, 3 meses, 14 rs.; 6 meses, 28 rs.; 1 año, 50 rs.
En París de Francia y demás países extranjeros, 1 año, 25 francos ó pesetas.
En América, 1 año, 7 pesos fuertes.

ADMINISTRACION

Calle de la Amnistía, 3
bajo de la derecha.

ÓRGANA POLÍTICA DEMOCRÁTICA

CENTROS DE SUSCRIPCIONES A ESTE PERIÓDICO

LIBRERÍAS: de Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, de Gaspar, calle del Príncipe.

SUCURSAL DE PUBLICACIONES
Mayor, 13, portal.

En todos estos centros se dan recibos BROMÍSTICOS que deben ustedes leer... por curiosidad.

D. JUAN MARTINEZ VILLER GAS

No tenemos propósito de hacer artículos biográficos, de los hombres de letras cuyos retratos daremos alguna que otra vez en esta página de los Suplementos.

Hoy no se trata, por fortuna, de una necrología encomiástica, sino de una reputación que alienta en el más preciado florón de nuestra patria (en la hermosa isla de Cuba) y a la cual somos los primeros en rendir franco y leal homenaje de respeto.

VILLER GAS es en España el más renombrado de los críticos contemporáneos: nació en oscuro pueblo de Castilla la Vieja; y de Zamora y Valladolid vino a la corte, tan ambicioso de fama y tan rico de sueños, como escaso de haberes y desprovisto de relaciones.

No tardó en singularizarse: uno de sus epigramas hubierale bastado para alarmar a las gentes de péñola y peluca; pero no fue un solo epigrama, sino un verdadero chaparrón de agudezas y sarcasmos, lo que, sin asomo de piedad descargó sobre los ingenios de Madrid. ¿Quién no ha leído, venciendo al sueño, con ese prurito que en nuestra flaca naturaleza produce siempre el castigo de los agenos deslices, la multitud de artículos críticos y de intencionadísimas revistas teatrales, firmada por el Sr. Villergas? ¿Quién no ha saboreado, con el deleite que inspira todo lo que al prójimo puede mortificar en su vanidad, aquellas fraternas implacables, en que, ya Breton de los Herreros, ya el eminente Zorrilla, ya el estimado Ferrer del Río, ya el privilegiado Rubí, recibían retumbante granizada de chistes, y descubrían uno por uno los defectos de sus más aplaudidas creaciones? Aquella no era pluma, sino escarpelo; tan afilado y cruel, que así desgarraba la fibra de un argumento, como el nervio de una escena, para mostrar al público alucinado, deformidades que éste no veía ó no quería ver en sus autores favoritos.

Villergas brilló, porque debía brillar: cierto que el fulgor de su renombre era algo siniestro para los maltratados hijos de Apolo; pero, aun arrollados éstos por el huracán enemigo, no podían menos de reconocer las altas dotes y el singular ingenio del crítico castellano.

Villergas se hizo, pues, amigo del público que lee; pero siempre tiene enfrente al público que escribe.

Marchó a la isla de Cuba; estuvo en Méjico, de donde salió no muy tranquilo; tornó a España, atraído por la Revolución de 1868; fundó el periódico *El Jeremías*, diario satírico ilustrado por el inolvidable Ortega, y en cuya redacción tomaban parte Giraldez de Acosta, Ramos Carrion, Lustonó, y el autor de estas líneas. No hizo larga campaña la publicación, porque era muy penoso y difícil arrastrar cuatro páginas diarias de chistes y donaire; pero su director y propietario fue diputado, y como no presume de orador, no tuvo papel que desempeñar en el gran escenario de la política legislativa. El, que por tantos vale, fue allí... uno de tantos.

A vuelta de otros accidentes en aquella época de su agitada vida, el satírico maestro emprendió nueva navegación, y allá por 1875, fundó y redactó en Buenos-Aires, el periódico político *Antón Perulero*. Decir a nuestros lectores cuál fué el éxito de aquella empresa, sería punto menos que imposible: el famoso folleto titulado *El Sarmientidito* (caricatura de D. Domingo Faustino Sarmiento, pro-hombre y primer magistrado de aquella República) tenía preparada a Villergas una atmósfera excepcional: llegó y fué recibido con unánime aplauso de la colonia española, allí numerosísima y por todos conceptos respetable.

Sin embargo, la publicación tampoco fué de longevidad; y con nuevos alientos y tras de iguales empresas, pasó nuestro literato peregrino a Chile y al Perú. En Lima intentó fundar un periódico, cuyo título había de ser *El Emigrado*: circuló su *Prospecto*, y recuerdo haberlo leído con viva satisfacción, navegando entre Valparaíso y Mollendo,

la enseñanza de las matemáticas, y pensando quizás que sus ojos se cerrarían para siempre bajo extraño cielo. Por entonces, y a falta de literatos a quienes resolver con su acerada pluma, se dió tan afanosamente a los problemas de las ciencias exactas, que a muchas personas de su conocimiento, les habló de haber resuelto la *tri-sección del ángulo*; y aún dijo que anhelaba presentar sus demostraciones a las grandes Academias científicas del viejo mundo.

Alguien, burlándose torpemente de la precaria situación del solitario de Huacho, soltó la cruel noticia de que el autor de *La vida en el chaleco*, había perdido la razón. Bien probaban lo contrario sus versos, remitidos al director de *La Broma*, de Madrid, y uno de los fundadores de su *locaya* la de Lima. Contestaba Villergas a la invitación para que colaborase en aquel periódico, y decía lo que nuestros lectores encontrarán en el *Suplemento* del Domingo 19, y que no copiamos por ser una composición tan buena como larga, y cuya inserción es hoy imposible.

Los españoles residentes en el Perú iniciaron una suscripción, generosamente apoyada por los hijos del país, y en otras regiones secundada. El producto llegó a suma considerable, y el infatigable crítico, ya anciano y achacoso, volvió al suelo natal, donde tampoco le hallamos al entrar nosotros en España, después de una peregrinación de ocho años por el continente sud-americano.

Villergas está otra vez en la perla de las Antillas, y según las últimas noticias, parece que también trabaja y también lucha.

Algo hemos leído de ciertos ataques que le han sido dirigidos, y que mucha parte de aquel público ha rechazado con leal adhesión a nuestro célebre satírico.

La personalidad política de Villergas no es de primera magnitud en el partido republicano español; y es seguro que si su claro ingenio hubiera seguido camino menos arduo que el de satirizar a los escritores de gran nota, hubiérase captado simpatías y amistades poderosas, y con tan valioso apoyo no habría tenido que buscar en el mundo de Colón, la fortuna que algunas veces le ha sonreído, pero que nunca le ha hecho más que caricias pasajeras.

Como trato particular, el de nuestro literato es muy agradable y ameno, aunque tiene algo de sombrío y aún de apocado, en relación con personas que no le inspiran íntima confianza. Apasionadísimo del ajedrez, domina el tablero como la rima castellana; y así da un *mate* al maestro más acreditado, como pone en *jaque* con su briosa pluma, a toda una Academia de hablistas de patente.

Hablad algunos minutos con Villergas; dadle títulos a la franqueza, vue los a su ática vena, y salpicará la conversación con una granizada de anécdotas oportunas y frases picarescas, dichas con la mayor naturalidad y al desgaire; sin apercibirse de los chistes que brotan de sus labios, como no se apercibe de las gracias que fluyen de su privilegiada pluma.

Es un genio, poco afortunado, pero un genio indiscutible.

DECLARACION

Este periódico es democrático, y, por lo tanto, defensor de la única forma de Gobierno que, sin mixtificaciones absurdas, acepta y reconoce la Democracia.

Y se adhiera lealmente a la DECLARACION de la prensa democrática de Madrid; acto que ya calificó de conveniente y oportuno, al verlo realizado por los representantes de los periódicos republicanos de esta capital, lo cual implicaba adhesión a él y a sus iniciadores y queridos compañeros.—ELOY PERILLAN BUXÓ.



D. JUAN MARTINEZ VILLER GAS

con rumbo a la capital de Bolivia. Dicen, y así es de creer, que la ignorante petulancia de algunos escritorcillos de corto vuelo, y el haberse tomado a mala parte el casi adjetivo del periódico de Buenos-Aires (*Perulero*), produjeron una serie de diatribas, que impresionaron fuertemente a nuestro admirado compatriota, cuyo presunto *Emigrado* no pasó ya de la hoja del *Prospecto*.

Estableciése Villergas en Huacho, puertecito cercano a la capital de los vi-reyes, y que ostenta en su campiña todas las galas de un vergel andaluz y todos los atractivos de una vega tropical.

Allí permaneció con su familia, ganando el sustento en

DIVERSIONES

En verdad os digo, queridos lectores, que el que en Ma-

no se divierte ahora, será porque no quiera. ¿Sois industriales ó comerciantes con casa abierta? Pues podeis divertirlos estudiando las combinaciones de números que Camacho publica en la *Gaceta* á fin de persuadirlos de que si os ha aumentado en un triple ó en un cuádruple la contribución, lo ha hecho para vuestro bien, porque cuanto más pagueis mejor demostrareis que vuestra riqueza va en auge.

¿Sois consumidores consumidos ó consumados? Divertíos con la halagüeña esperanza de que las contiendas entre los comerciantes y Camacho, vendreis á pagarlas vosotros por último, porque os encarecerán los géneros; que al fin y á la postre, Juan pobre es quien paga siempre los platos rotos. ¿Sois empleados? Pues considerad que la cantidad que os haya rebajado del descuento, la gastareis con cinco dobles más, con el encarecimiento que os espera de los comestibles y bebestibles.

¿Perteneceis á la honrada clase de vecinos bien acomodados? Pues divertíos en la contemplación de las comodidades que vais á perder si las cosas siguen por el camino que llevan.

¿Sois rentistas y vivís de la Deuda del Estado? Pues mirad cómo la Bolsa baja todos los días.

Para todas las clases sociales ofrece la situación algún aspecto divertido. Excepto para los pobres ministros que trabajan y sudan el quilo labrando la felicidad de los demás y desatendiendo la suya.

Estamos además en vísperas de Carnaval y la alegría es de rigor y hasta de etiqueta.

Tomad cualquier periódico en la mano y no vereis más que noticias de bailes y jolgorios. La humanidad baila en esta época y ara todo el resto del año.

La marquesa de Cardo-seco llevó anoche á sus suntuosos salones á la espuma de la crema del mundo elegante. Nunca olvidarán los que tuvieron la dicha de asistir á tan deliciosa *soirée* las cuatro horas de inefable felicidad que disfrutaron en aquel palacio de las *Mit y una noches*...

En casa de la bellísima y espiritual baronesa de Aguas-mansas hubo anoche uno de aquellos bailes á que solo asisten los elegidos. Vestía la baronesa un sencillo traje color de *cépro-afigido* y sus encantadoras hijas, vestidos de faya color *perla-vinda*...

Al baile de los abonados de la Comedia que anoche se celebró, asistió lo más selecto de la sociedad madrileña y aunque no se pudo bailar porque la inmensa concurrencia no permitía dar un paso, las horas se deslizaban allí sin sentirlo...

Agradecida debe estar la aristocracia de la corte á la graciosa iniciativa de la marquesa del Lazo y de la duquesa del Timo que han organizado en el teatro de... un magnífico baile á beneficio de los pobres de las islas Visayas. Por cuatro duros que costaba el billete de invitación no se puede pedir gusto más delicado, ni sociedad más distinguida, ni más adorable galantería...

Y no reproduzo más modelos, porque sería cuento de nunca acabar.

Se baila en el Teatro Real, se baila en la Zarzuela, se baila en la Comedia, se baila en el Conservatorio, se baila en Capellanes, se baila en la Alhambra, se baila en la Bolsa; y yo creo que se baile hasta en los caballetes de los tejados.

¿Quiéren Vds. un pueblo más divertido?

¿Quien diría que este pueblo está pasando el sarampion fusionista?

Ya habrán notado Vds. que no hago más que divagar; que todo el tiempo se me va en preámbulos y digresiones y sin acordarme, al parecer, de darles cuenta de funciones nuevas que ha habido en los teatros de la corte durante la última semana.

Pues crean Vds. que no lo hago con falta de misterio. Los teatros han sido tan estériles en novedades que huyendo de ellos me voy por los cerros de Ubeda al contemplar casi en blanco mi cartera de apuntes.

Es verdaderamente aterrador lo que pasa. Dios mío! ¿se habrá agotado por ventura la exuberante fecundidad de nuestros autores dramáticos? ¿Qué se hizo de los Larras, Pinas y Navarros que no dan señales de vida?

Crean Vds. que esto me tiene intranquilo.

Tres estrenos de menor cuantía ha habido solamente en la semana, siendo tantos los teatros de Madrid.

Historicemos.

El beneficio del Sr. Yañez dió ocasion al estreno de un drama en el teatro Martin. Un drama del género cándido, de esos que Vds. habrán proyectado escribir cuando tenían diez y siete años. Se titulaba *Sucumbir en la orilla*, y para mayor mortificación de los espectadores, tenía tres actos; todos tres perfectamente inútiles. Suprimiendo el primero, habría quedado el drama intacto con los otros dos: suprimiendo el primero y el segundo, tampoco se habría notado la falta; y si se le hubieran cercenado el tercero y primero, quedaba todavía bastante drama. Y si por un refinamiento de laconismo se hubieran suprimido todos tres, nadie habría notado la falta.

Los personajes entraban y salían, se tropezaban, se atropellaban, lloraban, reían, declamaban versos de un lirismo inocente, y el público nada! sin entender lo que era aquello. Por fortuna parece que no hubo catástrofe.

Sin embargo, los amigos se empeñaron en que conociéramos al autor, que resultó llamarse D. Luis Ónega.

Muy señor mío!

Y con todo, este fué un éxito lisonjero si se compara con el que tuvo en el teatro de Lara una obra que se estrenó hace pocas noches.

Caer en el lazo se titulaba la comedia; y si alguien cayó en el lazo, fue la empresa que admitió aquel atentado literario, creyendo sin duda que al público iba á darle gato por liebre.

No, el lazo lo vió el público desde la primera escena y se escamó. Toda aquella serie de escenas insustanciales y tonas, sin una situación cómica, sin un chiste nuevo, escritas

en versos ramplones y atestados de ripios, llegaron á aburrirle, y se salió del teatro sin preguntar quién era el autor que le había dado tan mal rato.

La señora Valverde y el Sr. Zamacois estuvieron muy graciosos y se esforzaron en agradar... pero ¡nada! ¡Lástima de talento que malgastaron!

Tercer estreno. Frase que se era un juguete cómico-lírico que se estrenó el miércoles en el Salón Eslava. Lo pusieron por nombre *Para quien es Don Juan*, y francamente, para quien es el teatro de Eslava, no es de extrañar que ande en tales compañías.

El público no le encontró la gracia al juguete ni el mérito á la música. Y no me admira, porque ni la música tenía gracia, ni el juguete estaba adaptado al diapason normal.

El nombre de los autores, si los tenía, quedó envuelto en las sombras del misterio.

Y aquí acabó la reseña crítica de la semana. ¿Ven ustedes cómo yo tenía razón cuando me excusaba de hacerla? ¿No hubiera sido mejor hablar del tiempo?

Esta noche creo que se estrena en la Comedia la *Posada de Lucas*, que el Sr. Blasco ha enviado de París, y en el teatro de Lara una comedia del Sr. Flores García, que se titula *El punto de partida*.

Pero mi revista tiene que estar en la imprenta antes de esa hora, si Vds. han de recibir el número á tiempo, y no hay más remedio que esperar para hablar de esos dos estrenos á la semana próxima.

En el Español no pasa nada; en la Zarzuela no pasa nada; en el Circo de Price no pasa nada; en Variedades se va perdiendo la costumbre de variar. Miss Zarah voló de Novedades. ¿Qué más le de decirles á Vds.

Ah! sí, que en el Teatro Real no ocurre novedad, y que Massini no viene.

Bueno! Pues que no venga!

BAMBALINA

L A

POLÍTICA DEL HAMBRE

(MEMORIAS DE UN FUSIONISTA)

POR

LUCRECIO MÉSTON

CAPÍTULO VI

SE REVELA EN COSME CLAUDIO LA VOCACION DE TAMBOR

Para un muchacho de mi edad, que no había visto más mundo que Caracena y las devotas costumbres de la casa del racionero D. Lucas, se comprenderá que fuera un espectáculo maravilloso y casi embriagador el que ofrecían los juegos gimnásticos, hípicas y acrobáticos de una compañía de titiriteros, como la que acababa de llegar á Cuenca, instalándose por fortuna en la misma posada en que yo había fijado mi residencia.

La posada tenía un espacioso corral cercado por altas tapias, y en él establecieron su circo los ágiles gimnastas, sin más que fijar una especie de valla con palos clavados en el suelo y cuerdas de cáñamo que cerraban el paso desde uno á otro. A la parte exterior de la valla se acomodaba el público, sentado en bancos improvisados con tablones de los espectadores de las dos primeras filas, que podían pagar dos reales de entrada, y apiñándose de pie detrás de ellos los que sólo pagaban un real.

En el espacio que quedaba libre al interior de la valla, maniobraban los artistas, en la maroma tirante, en el trampolín, en la percha ó sobre un caballo que tenía algo de fantástico, por su enorme alzada y por lo enjuto de sus carnes, efecto de las privaciones y de los muchos años.

Puedo envenenarme de que á los ilustres miembros de aquella compañía les merecí desde luego cierta predilección entre las diferentes personas que habitaban la posada. Verdad es que desde el primer momento fui su inseparable compañero y más constante admirador; como que no daban un paso sin que yo los siguiera, mudo al principio de asombro, y complaciente y amable después que se dignaron dirigirme la palabra.

Componían la *troupe* una especie de Hércules fornido, que lo mismo levantaba á pulso seis arrobas de peso, que cargaba sobre sus robustos hombros con toda la compañía; una mujer algo gruesa, que con las trenzas de su caballo levantaba pesos enormes; y sobre la grupa del caballo hacía los más vistosos ejercicios; un hombrecillo enjuto, que más bien parecía de goma que de carne y hueso, según se plegaba y se descomponía; un niño de pocos años, hijo del Hércules y de la Amazona, que pasaba por entre los travesaños de una silla como una culebra y daba sobre el trampolín hasta veinte saltos mortales sin inmutarse, y, por último, una muchacha algo agraciada, de diez y seis años, morenilla y delgada, que bailaba sobre la cuerda tirante ó sobre la silla del caballo á la carrera, con donosa soltura.

Esta interesante eriatura fué la que desde el primer día atrajo especialmente mi atención. Los instintos de la naturaleza los había despertado en mí, tal vez antes de tiempo, la señora Petra, y los encantos del bello sexo no podían serme ya indiferentes.

Fidela, que este era el nombre de la joven saltarina, no era en realidad una belleza: tenía la tez descolorida y morena; más bien que delgada era flaca; sus facciones no se distinguían por su delicada corrección; pero tenía unos ojos negros bastante grandes, que no carecían de expresión, y sus largas trenzas de cabello negro daban á su rostro alguna gracia. Vestida con su traje de tonelete y sus mallas de color de rosa, y oprimido su delgado talle por un cinturón dorado, me parecía un ángel.

Una de sus obligaciones en la compañía era tocar el tambor, que con su estridente redoble había de atraer curiosos al espectáculo; pero la pobre muchacha lo hacía bastante mal, porque era nueva en aquel servicio. El tambor había estado confiado antes á un payaso, que por haber sido redoblante de una banda de nacionales, lo manejaba con suma destreza; pero el payaso había desertado hacia poco tiempo á consecuencia de disensiones con el hercúleo director, y el cuidado de batir el parche se confió, no con mucho gusto suyo, á Fidela.

Por más que se ensayaba, sus muñecas no tenían la su-

ficiente agilidad para darles un aire marcial y vivo al *rau* y al *larau*, y tocante á redoblar era una desdicha. El director se exasperaba viendo su torpeza, y solía terminar sus lecciones con vehementes improperios y alguno que otro moqueón.

Yo tenía, sin que pueda explicarse el motivo, no sé qué instintiva afición irresistible hacia el tambor. Acaso sea uno de esos misterios del alma que la filosofía no ha podido descifrar aún, pero es lo cierto que yo debí nacer con inspiración natural, con vocación marcada para manejar ese guerrero instrumento. Nada tiene esto de increíble. ¿No nacen otros, poetas, y desde niños empiezan á hacer coplas, sin que nadie los enseñe? ¿Otros, no nacen ya con el genio músico, y sin pensarlo ni darse cuenta de ello componen *nocturnos*, villancicos y romances sin palabras? El que nace pintor, ¿no empieza desde niño á tiznar con rayas de carbon todas las paredes que encuentra? Pues yo debí nacer tambor; el ronco sonido del parche, herido por las baquetas, me entusiasmaba, aunque lo oiga de lejos; me atraía, me subyugaba y me eleva á mundos desconocidos; cuando los delgados palillos se encuentran entre mis manos, mi inspiración se desborda y me convierto en un verdadero poeta que habla con el lenguaje de los redobles.

Cuando el primer día vi á Fidela en un rincón del patio ensayando de mala gana sus desaliñadas tocatas, no pude resistir el hechizo de aquella agradable percusión, y me acerqué á la niña, tanto que rozaba el tambor con mis rodillas. Viéndola mover las muñecas sin aquella agilidad que el asunto requiere, pensaba para mis adentros, que yo lo haría mejor, y sin poder resistirlo, hubo un momento en que le arrebaté las baquetas de las manos y empecé á herir el parche con desusada ligereza y con una energía que ella estaba muy lejos de poseer.

—¿Tu tocas el tambor? me preguntó al fin admirada.

—No lo he tocado nunca, le contesté, pero esto es la cosa más fácil del mundo. ¿Ves?... no tiene nada que hacer.

Y empecé á redoblar con tal coraje, que la muchacha se llevó las manos á los oídos para tapárselos.

—Más de un mes llevo yo en este ejercicio, me dijo luego que yo terminé con un sonoro *plau*, y nunca he podido hacer otro tanto.

Me sonreí con indolente vanidad y le devolví sus baquetas. Nuestra conversacion se prolongó un buen rato, salpicada por supuesto, con golpes y redobles en la tostada piel del tambor; yo iba descubriendo un genio tan franco, que acabé por abrazar á Fidela; pero la muchacha, que no debía estar de buen humor, me llamó al orden santiguándome la cara con un golpe tan brusco de baqueta, que el chichón que me levantó en la frente me duró casi dos días.

No tardamos, sin embargo, en hacer las paces. Pocas horas después llegó á la posada un bulonero que llevaba géneros de bisutería, tan bellos y relucientes, que á su vista yo me quedé asombrado. Fidela acudió también al descubrir la caja que tan deslumbradoras joyas contenía, y en su contemplación quedó extasiada.

Entonces tuve yo uno de esos rasgos de galante generosidad que distinguen á los grandes corazones. A Fidela le habían encantado unos pendientes que parecían de oro y de coral, y cuyo precio yo me atreví á preguntar con cierta timidez, porque me parecía que debían valer una fortuna. Cuando el comerciante me dijo que los daría por dos duros, respiré con noble satisfacción: los tomé sin decir palabra, se los ofrecí á la niña, y pagué cuarenta reales sin regatear.

El lector puede imaginarse la alegría de mi ingrata enemiga, que desde aquel momento se convirtió en mi amiga más complaciente.

El Hércules de la compañía gimnástica no dejó de notar mi decidida pasión por el tambor y las buenas disposiciones que poseía para ser un notable tamborilero. Me llamó aparte á los dos ó tres días, y me preguntó si tendría inconveniente en agregarme á la compañía y seguirla en su aventurera y alegre vida. Por de pronto me ofreció que me daría de comer y de vestir como á los demás, gozaría de todos los privilegios de los demás asociados, y mi obligación se reduciría á tocar el tambor para anunciar las funciones y reunir al público: debía ayudar además en la faena de poner los tinglados y aparatos que fueran necesarios para los ejercicios de los artistas. Comprometíame, además, el director, á darme la ilustración y educación oportunas para hacer de mí un buen payaso, hábil en maravillosos ejercicios.

Acepté á cierra ojos y con una alegría que en vano habría tratado de disimular; mi capital estaba ya casi agotado con el gasto que había hecho en cuatro días de posada y con el suntuoso regalo que había hecho á Fidela: las ofertas que se me hacían me abrían un porvenir que excedía á mis ambiciones.

Aquel mismo día fui presentado oficialmente á la compañía con toda solemnidad y admitido y aclamado en ella: se me hizo entrega del tambor, que simbolizaba mis atribuciones y del cual se desprendió Fidela con verdadera alegría. Para celebrar dignamente mi entrada en la noble compañía, compré vino, naranjas y azúcar, y se hizo una especie de ponche, que bebimos todos en medio del más expansivo júbilo.

Antes de la noche busqué ocasion de encontrarme á solas con Fidela, cosa que no me fué difícil, y tomándole una mano, que ella no retiró, le dije:

—Por ti nada más he consentido gustoso entrar en la compañía.

—¿Por mí, dices? no lo entiendo... contestó con gazería.

—Por estar siempre á tu lado, por no separarme de ti, porque te quiero, ¿lo entiendes ahora?

—Sí, lo entiendo perfectamente.

—¿Y tu me querrás, Fidela?

—Me parece que sí, con tal de que seas bueno y complaciente y no me riñas.

La di un abrazo y entonces ya no se enfadó como la vez primera que quise tomarme aquella libertad.

Horas enteras pasábame sin sentir fatiga estudiando el manejo de mi tambor, en el cual hice progresos asombrosos, que el director de la compañía elogiaba, presentándome á mis compañeros como modelo digno de imitar por la laboriosidad y el celo.

Y oyéndome elogiar de aquella manera, sentí yo crecer mi entusiasmo, y con más calor empuñaba las baquetas y golpeaba con rapidez vertiginosa el caliente parche.

A tal punto llegó mi aplicación, que el posadero hubo de acercarse al jefe de la compañía y rogarle que me mandara dejar á la gente de la posada algunos ratos de sosiego, porque los parroquianos se quejaban de tanto estrépito y daban al diablo al tambor y al tamborilero.

—Que tengan paciencia, dije yo cuando lo supe. Los ar-

tistas tenemos que estudiar sin descanso si hemos de descollar sobre el vulgo. Yo no me contento con ser un tamber adocenado; es preciso que en este arte sea una eminencia.



LOS LADRONES EN MADRID

Hay en esta coronada villa considerable número de individuos que viven del robo, la ratería y el timo: no tienen otro modo de vivir: la policía les conoce á todos, y sin embargo, se pasean libremente y ejercen su oficio con el mayor descaro; se roba en los teatros, en las iglesias, en las calles, en las oficinas, en las procesiones, en el tranvía, en todas partes; todos los días hay casas robadas, escalos y falsificaciones; se coge á algunos, se les lleva al Saladero, si se les toma el cuerpo del delito; pero á las pocas semanas salen á la calle, unas veces bajo fianza, y otras, absueltos, y siguen las hazañas.

Hace años que á un amigo nuestro le robaron un reloj en uno de los teatros de esta corte; al echarlo de menos, se lo dijo á un individuo de la policía secreta, que contestó muy tranquilo:

—No me extraña, porque en la función de esta tarde, había en el anfiteatro principal cuatro tomadores y dos tomadoras; y en el anfiteatro segundo, tres, que eran... y dijo sus nombres con sus apodos que no recordamos.

Por consejo de un amigo fué el sujeto robado á ver al jefe de policía que había entonces, le enteró de lo ocurrido; aquel funcionario tomó nota del sitio y la hora en que se había cometido el robo, y prometió contestar al día siguiente, diciendo que pondría de su parte todo lo posible por recobrarlo.

Pero al día siguiente contestó:—Su reloj de V. se lo llevaron de Madrid aquella misma noche, y no se ha podido recuperar.

Ahora bien; si el jefe de policía sabía que el reloj robado había salido de Madrid, sabía quién cometió el robo: ¿cómo es que el ladrón no fué preso y conducido al Saladero? Cuando estos jefes de policía se empeñan en recobrar una prenda robada y lo consiguen, devolviéndola al dueño, mediante una gratificación, prueba que saben quiénes son los ladrones: estos y otros hechos demuestran casi una complicidad; dan lugar á sospechas muy fundadas, de que esa gente perdida que vive del pillaje, dé participación de sus hurtos á los que puedan perseguirles, para que les dejen ganarse la vida honradamente. Esto no es una acusación, es una sospecha; y como cada uno es dueño de sospechar lo que le parezca acerca de lo que vé palpable, estamos en nuestro derecho al exponer la nuestra.

Si se conoce á los ladrones; si se sabe que no viven de otra cosa, ¿por qué no se toman medidas para inutilizarlos? ¿Por qué se les deja libremente ejercer su inícuca profesión? ¿Por qué se les permite después de presos salir bajo fianza?

Qué protección es esa que se presta á esa canalla, mientras que si un infeliz padre de familia que no tenga con qué alimentar á sus hijos roba un pan en un momento de desesperación, se pudre en la cárcel, y va á un presidio?

Mientras no se les coja encima la prenda robada, no se puede proceder contra ellos: así se han dado casos de coger á uno que ha robado un reloj ó un portamonedas; pero como van generalmente dos, el que lo robó deslizo la prenda al otro que se esculbulla entre la multitud; registrado el detenido y no hallándole el objeto robado, el ladrón ha demandado de calumnia á su víctima; y esto es tanto más escandaloso, cuanto que la policía lo conoce y sabe que no vive de otra cosa.

Las leyes se hacen para garantizar la seguridad de los hombres de bien; de los que viven de su trabajo honrado; pero aquí á quien favorece es á los pillos. La ley condena el robo; pero los cacos saben el código de memoria, y se agarran á las franquicias de la ley para evadirla. ¿Con qué derecho se puede amparar en la ley el que está fuera de ella?

Partidarios de la libertad, no queremos el sistema preventivo para los hombres honrados; pero para los ladrones y asesinos, para la canalla que forma la plaga que tiene en jaque á toda la sociedad; que está como hemos dicho fuera de la ley, porque comete crímenes por ella penados, todos los medios debieran ser buenos; pero en cambio vemos que se emplea el sistema preventivo con los hombres honrados: se sospecha que D. Fulano conspira, y se allana su casa y se le prende, y se pasa los meses en su encierro, hasta que cambia el Gobierno; hasta que no encontrando pruebas para condenarlo se le pone en libertad al año, y á veces á los dos ó tres años; de suerte que en este país, es mejor ser ladrón que ser conspirador.

La impunidad es el mayor elemento de desmoralización: esos bandidos que entran en el Saladero, y salen para seguir cometiendo nuevos crímenes; esos falsificadores que están en la cárcel pagando una habitación cómoda; comiendo de la fonda, recibiendo visitas de sus amigos, que salen después bajo fianza, y que mientras su causa se eterniza vuelven á falsificar, no reincidirían si el castigo fuese proporcionado al delito; en una palabra, si no consiguieran con el dinero hacer nula la acción de la justicia.

Los primeros billetes de Banco que hubo, eran los del de San Fernando; eran simplemente como son ahora los décimos de la lotería; pero en cada billete se leía un renglón que decía: *Pena de muerte al falsificador*; y como en aquella época se cumplía, no se falsificaban los billetes.

Hemos visto en Gibraltar, donde se refugiaban los ladrones huidos de todas partes, las tiendas abiertas; los tenderos se iban á comer y las dejaban solas, y bastaba que atravesasen á la puerta la vara de medir, para que se supiera que no estaba el dueño, y nadie entraba ni cogiera un pañuelo: los mismos que aquí cortan los cristales de los escaparates para robar lo que hay dentro, allí pasaban por delante de las tiendas solas, y no se atrevían á acercarse; ¿y esto por qué era? Por que allí el castigo era severo é inmediato; no había causas largas, ni salir bajo fianza, ni subterfugios, ni callejuelas, ni soborno para burlar la ley.

En varias épocas hemos visto salir cuerdas de deportados á Filipinas y á Fernando Póo, por causas políticas; nunca las hemos visto de esos vagos que viven del robo, la estafa, el timo.

Hemos tenido una guerra en Cuba; se ha arrancado de sus hogares á millares de jóvenes honrados, amparo y esperanza de sus padres, para mandarlos á morir del vomito ó

al filo de los machetes de los insurrectos; ¿cuánto mejor no hubiera sido mandar esa falange de vagos y rateros, purgando á la corte de España de plaga tan asoladora? Pero predicar en desierto, es sermón perdido: los cacos seguirán viviendo á su gusto; la policía conociéndolos y dejándolos obrar libremente, y los hombres honrados, siempre expuestos á quedarse sin el producto de sus afanes y vigiliat, y á veces hasta sin vida, porque hay muchos robos, de los que resultan el asesinato

1 + 6 =



El Papa se va de Roma.
Le ofrezco casa en lo calle de la Corredera, y así estará cerquita del teatro de Lara.

El Cardenal Payá se opone á la peregrinación nocedalasca.

Obra bien no haciendo caso
y de seguro no irá,
que una cosa es ser Payá,
y otra cosa es ser payaso.

Me preguntan de Chinchilla:
«Dígame usted, caballero;
¿no es un remedio eficaz
para que cobre un maestro
(es decir, una maestra),
nombrar Alcalde primero
á su conjunto individuo,
consorte, señor ó dueño?»
Respuesta del Director:
«Toma, toma! ya lo creo:
¿no ha visto usted que Camacho
ha rebajado el descuento?
El que agarra la sartén,
como pasa en ese pueblo,
hace bien en despacharse
según le pida su cuerpo.»

Interesante y animada estuvo el jueves por la noche la conferencia sobre *Los partidos políticos en España*, dada en el Casino Democrático-progresista, por el Sr. D. José María García Álvarez, quien demostró poseer conocimientos políticos que le honran.

Si hubiera estado allí D. Venancio, algo hubiera renegado de estos *democráticos* que se permiten el lujo de estudiar con provecho, insulsece que maldita la falta que hacen para pescar una cartera, sirviendo á ciertos *partiduchos* de pipirinato.

Enhorabuena al conferenciante y á su numeroso y escogido auditorio.

Los ministeriales se escandalizan de que un ciudadano síndico de las industrias y el comercio (el Sr. Martín Rey), haya osado recordar al Rey que el Sr. Cánovas tenía mayoría parlamentaria el 8 de Febrero de 1881 por la mañana y por la noche estaba fuera del poder.

¡Mire usted qué osadía! Como si el monarca no tuviera esa y otras elocuentísimas pruebas de la versatilidad y mudanzas de la vida!

Además, el Sr. Martín es tocayo del Sr. Rey! Y entre tocayos... cuanta más franqueza, mejor!

Once amigos demócratas celebraron ayer un almuerzo conmemorativo de la proclamación de la República. Hé aquí el curioso *menú* del almuerzo del 11, á las 11, los 11, á 11 pesetas.

- 1.º Tortilla á las 11.000 vírgenes.
- 2.º Entrecots de peregrinos con guisantes.
- 3.º Lubina á la Federación.
- 4.º Pavi-pollo asado á la nihilista.
- 5.º Tarta á la democracia.

POSTRES

Quesos y frutas á la Republicana.

VINOS

Valdepeñas de 1.ª | R.v.l.c.n
Champagne.

Café, licor y tabacos.

Nota.—Por la noche, los comensales asistieron á la representación de Luis Onceno.

El banquete democrático celebrado anteanoche en Capellanes, en conmemoración del advenimiento de la República en 1873, fué una verdadera solemnidad.

Muchos oradores consumieron los turnos de brindis, prefijados por la comisión organizadora; y sobresalieron por la valentía de la frase y oportunidad del concepto, los señores Figueras, Llano y Persi, Labra, un joven mulato, representante de la prensa cubana, y nuestros compañeros Chies, Avila, Ginert, Sotillo y otros.

El Secretario del Gobernador estaba detrás de la presidencia, poniendo las manos en forma de embudos en las orejas, levantándose de puntillas como un azogado, y tirando de la levita á los Sres. Llano Persi y Labra, cada vez que alguno de los oradores se refería á las delicias del actual Gobierno.

El Director de LA BROMA y su dibujante *Demócrito* tomaron apuntes de la fisonomía de la cara del rostro del semblante del Sr. Delegado especial, y un día de estos formarán Vds. más cabal idea de la situación del *Secretario* en apuros.

Chungas aparte, la fiesta fué digna por todos conceptos

del patriotismo y cordura de los demócratas madrileños, que anhelan ver el fin de las divisiones que tanto daño han hecho á la noble causa de la libertad.

La comida fué modestísima, y no podía exigirse ordenado servicio en una prolongada mesa de 400 cubiertos.

En el momento en que dieron comienzo los brindis, el anchuroso salón y los pasillos estaban atestados de gente.

Vimos á un ciudadano que entraba muy orondo y con puro en boca, luciendo en el ojal de su chaquet una encomienda ó cosa así, de Carlos III, ó cosa así.

—Eh! amigo—le dijo un bromista—¿es esa la patente de republicano?

El interpelado se conmovió; sacó el botoncito de su ojal y murmuró entre fosco y abroncado:

—Si señor; yo soy republicano... benévolo!

—Embolao! replicaron algunos de los presentes.

Y el de la encomienda... se retiró.

Hemos tenido el gusto de recibir la visita del *Album de marquetaria*, publicación quincenal de dibujos é instrucciones para calar madera y metales.

Muchos objetos de uso doméstico se hacen con el auxilio de maquinistas especiales, cuyo manejo es sumamente sencillo, y que proporcionan útil y agradable distracción.

Como todo lo que significa progreso, en cualquiera de sus manifestaciones, ha de contar con nuestro aplauso, se lo tributamos al fundador de este *Album*, deseándole fácil vida y muchas suscripciones.

LA BROMA no es ministerial, ni por asomo; pero como ha necesitado para castigar cierta *broma* metálica que le ha jugado uno de sus dependientes callejeros, la intervención de las autoridades gubernativas de Madrid, ha recurrido á los Sres. Conde de Xiquena, Pita y coronel Perez de Rivera, quienes han desplegado la mayor actividad en beneficio de nuestra publicación, demostrando singular complacencia en prestar el apoyo de la justicia, á una empresa periodística que por cierto, no les había tributado cariños.

La verdad por delante, caballeros!
Lo cortés no quita á lo valiente, ni el ser de oposición impide estas manifestaciones de personal reconocimiento.

En el banquete republicano de Capellanes:

El Sr. Figueras.—Hablade á un hombre decrepito y achacoso, de su heredero... y se indignará.

¿Entiendes, fusión?



A. de la C. G., Huelva.—Contestado por correo: se extravió mi carta de la Enero.—V. C. M., Loja.—Conforme: va liquidación.—B. L. B., Portoranda.—Remitida liquidación: faltan 14 pesetas 90 céntimos: no hemos publicado Almanaque, pero lo daremos para 1883 y antes que eso, otros regalillos á los «Suscriptores fieles» y cuyos nombres constan en nuestros libros.—L. de S. M., Gilimoo.—Conforme y servido: lean bien las condiciones, pues es lo esencial antes de cumplirlas.—G. de R. R., Granada.—Eso no puede publicarse: por mí nos han ido algunos á Melilla.—A. varios Bromistas excomulgados, Santander.—Todo se andará, si el tiempo y las aguas nos ayudan.—F. R., Valencia.—Suscrito hasta 31 Marzo.—V. G., Valencia.—Idem hasta 30 Junio.—M. G. J., Valencia.—Idem hasta 31 Julio.—C. B., Valencia.—Idem hasta fin Abril.—M. B., San Tirso de Abres.—Idem hasta 30 Junio.—C. A., Ronda.—Idem hasta 31 Marzo, en cuya fecha renovarán en la misma forma, porque este periódico no gira á cargo de sus abonados.—R. S., Sevilla.—Recibida libranza.—S. E., Pedrosa del Príncipe.—Suscrito hasta 31 Julio.—F. T. y A., Cuevas de Vera.—Suscrito hasta fin Junio y servido.—J. T., Rinaosa.—Recibidas 18'50 pesetas, anotadas, y gracias por su puntualidad.—P. A., Plasencia.—Suscrito hasta fin Marzo y servido.—V. F. L., Palencia.—Siento el extravío de correos, pero no me admira: van reposidos los números.—Sr. M. B., Bormuy de Zapardiel.—Falta de correos número 9.999.999! F. F. G., Leon.—Recibidas 85 pesetas en libranza: no faltan más que 60 céntimos de idem: el paquete salió como siempre, «timbrado» y bien acondicionado.—R. Q., Zafra.—La falta es del correo.—D. G. M., Almodóvar del Campo.—Suscrito y pagado hasta 31 Julio.—L. I., Alcey.—Suscrito y pagado hasta 30 Abril.—G. G., Bilbao.—Extravío del correo: el recibo está anotado y se le remitirá: también se ha filtrado.—F. M., Málaga.—Suscrito hasta fin Junio.—J. M. S., Villastar.—Servido: espero su resolución y le doy gracias anticipadas.—M. G., Coin.—Anotado suscriptor hasta fin Abril: también espero su determinación (léase dinero).—V. C., Valencia.—Remitida liquidación.—C. y M., Sidi-Bel-Abbés.—Recibí 30 francos: anotadas las nuevas suscripciones.—L. I., Bilbao.—Recibí 63 pesetas: anotadas: no hay por el momento colección completa 1.ª época.—D. C. M., Lugo.—Recibí 8 pesetas, idem: faltan para cubrir su liquidación, 1,19 céntimos.

VENDEDORES EN MADRID!

¡SALUD Y PERROS GRANDES!

Sabed, amigos, que el reparto del papel por medio de un capataz, ofrece muy peliagudas dificultades.

Sabed que dicho sistema no conviene á mi bolsillo, por razones que hoy no mencionaré.

Y sabed, por último, que desde este número, el reparto á los puestos y á los vendedores ambulantes, se hará en los tres puntos siguientes:

1.º En la Administración del periódico.

2.º En la Sucursal, CALLE MAYOR, NÚM. 13.

PORTAL; y

3.º En la otra Sucursal, CALLE DEL LOBO, NÚMERO 18, ALMACEN DE PAPEL.

Pedid mucho, pagad bien,
y Dios os guarde
y á mi también.

EL ADMINISTRADOR.

MADRID.—Imprenta de LA BROMA, Amnistía, 3.—1882.

LA BROMA (6° Suplemento al jueves)

HISTORIA DE UN PROGRESERO.



Y Ayuntamiento de Madrid